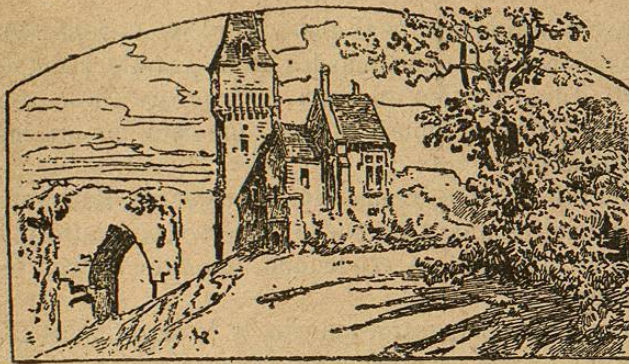


Los únicos que veían claro el asunto eran los que no reflexionaban sobre él.

A la cabeza de esta vanguardia, marchaba madama Roland.

Ella arrojó en la balanza la espada de oro: su valor y la idea del derecho.



CAPITULO XV

El rey interrogado — Primeros actos republicanos (26 de Junio, 14 de Julio del 91.)

El rey y la reina oídos en sus declaraciones 26 27 de Junio.—Reto de Bouillé, 29 de Junio.—Cartel republicano de Payne y otros amigos de Condorcet, 1.º de Julio.—Tentativas de los orleanistas —Disposiciones adoptadas por la Asamblea —Los Jacobinos —Petición contra el rey, 8 de Julio —Brisot contra el rey, 13 de Julio —Los comités de la Asamblea á favor del rey, 13 de Julio.—Movimiento de los Cordeleros y Sociedades fraternales.—Astucia de los directores de la Asamblea, 14 de Julio.—Agitación creciente durante la semana, del 10 al 17. Triunfo de Voltaire, fiestas, etc.

Ahora que conocemos á los actores y las influencias privadas y públicas, prosigamos la narración de los sucesos.

No es difícil seguir en aquellos días de tormenta los movimientos de la opinión, las pulsaciones más ó menos vivas del espíritu público, los latidos del corazón de la Francia.

En el primer momento, el 21 de Junio, domina la indignación, pero se respira: «¡Ya se fué el gran estorbo!»

En el segundo, el 25 por la noche, vuelve cautivo, humillado, caído desde el trono, súbdito del último de los súbditos. Gran silencio de cólera y de reproche, silencio también de piedad, que se apodera de los corazones contra su voluntad.

Pero en contra de la misma piedad, en el tercer momento, reacciona la desconfianza y la cólera, cuando los zorros de la Asamblea intentan escamotear el crimen y el culpable (de suerte que resultara un rey limpio de toda mancha), cuando intentan borrar la historia, tachar Varennes, tratando de conseguir por medio de una sutileza imposible el milagro imposible para el mismo Dios, de hacer que lo que ha sido no haya sido.

Examinemos sus maniobras.

El 26 proponen los comités de constitución y legislación criminal, valiéndose de Duport: «Que los que acompañaban al rey sean *interroga-*

dos por los jueces ordinarios, pero que el rey y la reina sean oídos en sus declaraciones por tres comisionados de la Asamblea nacional.»

Habiendo pedido alguien que esta instrucción fuese remitida á la Sala suprema de Orleans, repuso Duport que esto no era más que una primera información.

«Si es una información, repusieron Robespierre, Bouchotte y Buzot, no podéis dividirla; es una y no puede hacerse por autoridades diversas. El rey no es más que un ciudadano, un funcionario responsable, sometido á la ley.»

A lo que dijo Duport, retrocediendo á lo vago de las antiguas ficciones, que el rey no era un ciudadano, sino un poder del Estado. Después, añadió torpemente: «No es que aquí se siga un proceso contra el rey directamente; en nuestra prudencia está el no penetrar en el porvenir... No se trata todavía de una acción criminal, sino de una acción política de la Asamblea contra el rey...»

Malouet estallaba de indignación y aun estropeaba más las cosas. Los legistas y los hombres de negocios vinieron en su ayuda, y abandonando el sistema de Duport, muy difícil de seguir, cambiaron de postura. Chabroud y Dandré, dijeron que no había nada judicial, de queja ni de proceso; que se trataba únicamente de «adquirir indicios».

En este nuevo terreno la cuestión, Barriere puso con maña una piedra para que tropezasen: «¿Qué importa que haya ó que no haya queja? Se trata de un rapto; los jueces ordinarios pueden oír á la persona víctima del rapto.»

Pero Tronchet se impuso, y con su autoridad superior y respetada cerró la discusión sobre la palabra indicios. La Asamblea decreta y nombra comisionados, primero á Tronchet, por haber cortado el hilo; luego á Dandré que lo ha devanado, y por último á Duport, aunque haya demostrado menos astucia y habilidad.

A eso de las siete de la noche, fueron los tres á la habitación del rey para representar la comedia de hacer como que oían, y recogían gravemente de sus labios la declaración que ya tenía redactada y calculada sin duda con Barnave y con Lameth. Muy hábil y muy bien hecha, tenía un grave defecto: el de estar en contradicción demasiado evidente con la protesta que el rey había dejado al marcharse. El cuidado de ponerse en lugar seguro, el deseo de librar á su familia de todo riesgo, habían decidido su marcha; partía para volver, no tenía ninguna relación con las potencias extranjeras ni con los emigrados. Si había estado cerca de la frontera, había sido con el objeto de estar más fácilmente dispuesto á oponerse á las invasiones que hubieran podido intentar los extranjeros. Su viaje le había instruído singularmente y le había iluminado; veía claramente que la opinión general estaba por la Constitución y volvía convertido...

Lo que hacía poco honor á la habilidad de los redactores, lo que excedía de todos los límites, era el hacer decir al rey que «viendo que

le creían cautivo y que esta opinión podía ocasionar disturbios, había ideado aquel viaje como un medio excelente para desengañar al público, demostrando su libertad.»

Esto pareció una burla y produjo mal efecto. No lo hizo menos el que la reina, en vez de responder, mandó decir á los comisionados de la Asamblea «que estaba en el baño», y que volviesen. De este modo se tomaba una noche de tiempo para arreglar su declaración. Veinticuatro horas después de su llegada, escogía para tomar el baño el momento en que la nación y sus delegados llegaban á su puerta; les obligaba á hacer antesala, confirmando así lo que el mismo rey había dicho, «que debía tenerse bien presente que no se trataba de interrogatorio.» Era una conversación libre, una audiencia que la reina se dignaba conceder. «Deseando el rey partir, nada podía impedirme el que le siguiera. Y lo que me decidió á ello, fué la seguridad absoluta que tenía de que no quería salir del reino.» Los tres comisionados saludaron profundamente y se fueron muy satisfechos.

El público no se satisfizo. Se sintió mortificado con la idea de que pudieran creerle engañado con una comedia tan grosera. Los realistas no se indignaron menos que los otros al ver al rey y á la reina en manos de los constitucionales. Lamentando la cautividad del rey, la desobediencia universal, obraron por sí mismos, como si no hubiera existido el rey, sin informarse de su opinión, sin su autorización. Las cabezas exaltadas del partido, Eprenesnil, un loco, y Montlosier, joven, ardiente, cegado por su lealtad, redactaron una violenta protesta contra la suspensión del rey, declarando que ya no tomaban parte en los actos de la Asamblea. Fué firmada por doscientos noventa diputados. En vano se opuso Malouet á este acto insensato que anulaba á los realistas en la Asamblea nacional, en el momento en que esta Asamblea trataba de destituir al rey. Sin duda tuvieron parte de culpa en esta resolución la pasión y la ligereza, pero verosimilmente también la tuvo la celosa rabia que produjo ver que el rey se dejaba aconsejar por aquellos que hasta entonces habían combatido á los realistas.

Los realistas iban de cabeza á caer en el abismo, arrastrando al rey en su caída. Bouillé, por quijotismo, por abnegación le dá un golpe terrible. Declara á la Asamblea, en una carta notable por lo insolente y ridícula, «que si tocan un solo cabello de la cabeza del rey, él, Bouillé guiará los ejércitos extranjeros; no dejará en París piedra sobre piedra. (Risas prolongadas.) El único responsable es Bouillé; el rey no había hecho más que querer impedir la justa venganza de los reyes, haciendo de mediador entre ellos y su pueblo. Entonces hubiera restaurado el reinado de la razón, iluminada por la antorcha de la libertad...» Concluía tan disparatada epístola anunciando á los diputados «que su castigo serviría de ejemplo; que primero había tenido lástima de ellos, pero...» etcétera.

Esta carta era de valor inapreciable para los partidarios de la repú-

blica. Lo que más podían desear era un insulto tan solemne á la nación, el guante arrojado á la Francia por los realistas. Sin perder un momento, á la mañana siguiente, el 1.º de Julio fijaron á la puerta de la Asamblea un simple cartel, fuerte y atrevido; aquel cartel anunciaba la publicación del diario *El Republicano*, que iba á fundar una sociedad de republicanos. Aquel escrito, corto, pero completo, exponía la situación; héla aquí en dos líneas: «Acabamos de experimentar que la ausencia del rey es mejor que su presencia. Ha desertado, abdicado. Jamás devolverá la nación su confianza al perjuro, al fugitivo. ¿Que importa que su fuga se deba á él ó á otro? Embustero ó idiota, resulta de todos modos indigno. Nos hemos librado de él y él de nosotros; es un simple individuo, Mr. Luis de Borbón. La Francia está cierta de que no se deshonrará por su seguridad. La monarquía ha concluido. ¿Qué vale un oficio entregado al azar del nacimiento, que puede ser desempeñado por un idiota? No es un nada, una nulidad.»

Este escrito salió del círculo de Condorcet como el folleto del *Joven mecánico*, que se publicó casi al mismo tiempo. Uno y otro expresaban la idea común de aquella sociedad de atrevidos teóricos. Condorcet no escribió más que el folleto, menos comprometedor; pero el cartel fué redactado, primero en inglés por un extranjero, Thomas Payne, que podía temer menos la responsabilidad de un acto tan grave. Fué traducido por uno de nuestros jóvenes oficiales que había hecho la campaña de América y que lo fijó atrevidamente en las puertas de la Asamblea, firmando: Chatelet.

Payne poseía en aquel entonces en París dos cosas que á menudo van juntas aquí, la autoridad y la moda. Brillaba en los salones. Los hombres más eminentes, las mujeres más lindas le hacían la corte, recogían sus frases y trataban de comprenderlas. Era un hombre de cincuenta á sesenta años; había ejercido todas las profesiones, fabricante, maestro de escuela, aduanero, marinero, periodista. Tenía tres patrias, Inglaterra, América y Francia, pero á decir verdad no tuvo más que una, el derecho y la justicia. Ciudadano invariable del derecho, en cuanto veía una injusticia á un lado del Océano, pasaba al otro lado. Francia conservará memoria de este hijo adoptivo. Había escrito para América su libro del *Sentido común*, el breviario de los republicanos: y para Francia escribió *Los Derechos del hombre*, para vengar á nuestro país del libro de Burke. Quemado en Londrés en efígie, fué nombrado ciudadano francés por la Convención, de la que fué miembro. Payne parecía duro y fanático. Por ello causó admiración cuando el 21 de Febrero manifestó á la Convención que no podía votar la muerte del rey. A poco le cuesta á él la vida. Encerrado en una prisión y creyendo que no tenía tiempo que perder, se puso á escribir *La edad de la razón*, un libro en defensa de Dios contra todas las religiones. Salvado el 9 Thermidor, permaneció aún en Francia, pero ya no pudo sóportar la Francia de Bonaparte y se fué á morir á América.

Volvamos á su cartel. Al llegar Malouet por la mañana, lo vé, lo lee y se exaspera. Entra precipitadamente y pide que se prenda á los autores. «Ante todo, leámoslo,» dice friamente Petion. Chabroud y Chapelier, temiendo el efecto que pudiera producir y sobre todo que las tribunas aplaudiesen su lectura, reclamaron en nombre de la libertad de la prensa, diciendo que debía despreciarse la obra de un insensato y pasar á la orden del día.

La Asamblea, en efecto, pasó como con indiferencia, y continuó tranquilamente los trabajos sobre el Código penal. Pero se tuvo por advertida.

El partido de Orleans comprendió también mejor después del terrible cartel, que en presencia del partido republicano naciente, pero ya tan osado, era preciso si podía establecer la regencia, que más adelante sería menos aceptada. Lo difícil era iniciar la cosa; primero se lanzó una indirecta en un diario de segundo orden. En seguida, la extrañeza bien fingida del príncipe; escribe luego rehusando magnánimo lo que nadie le había ofrecido. Entre tanto se presenta como miembro de los Jacobinos y se hace visible. Uno de ellos, haciendo fuego antes de la voz de mando, pregunta si el príncipe no debe naturalmente *presidir el consejo* de la regencia. El 1.º de Julio, Laclos va más allá, quiere un *regente* y establece la destitución. El 3 demuestra Real que el duque es legalmente el *guardián* del delfín. El 4 quiere Laclos que se reimprima y que se distribuya el decreto sobre la regencia. La masa de los Jacobinos no orleanista, rechaza la proposición. No por eso se descorazona; demuestra en su diario larga y pesadamente que hay que crear un nuevo poder: ¿un protector? no, la palabra ha sido estropeada por Cromwell; más bien un *moderador*.

Con este motivo se entablaron en la prensa dos polémicas filosóficas sobre la tesis de la monarquía entre Laclos y Brissot y entre Sieyès y Thomas Payne. Este desafió á Sieyès á todas las armas posibles, dándole ventaja, no pidiendo más que cincuenta páginas y concediéndole un tomo, prometiendo demostrar que la monarquía no es nada, «que es una ausencia de sistema». Sieyès rehusó el combate con mal disimulado desprecio. Creía que no tenía necesidad de ello.

La Asamblea nacional veía venir la lucha y se preparaba para ella. Decidida á suprimir la monarquía, toma tres clases de medidas.

Primero aparenta una actitud revolucionaria; hace reglamentos para favorecer la división y subdivisión de los bienes nacionales. Amenaza á los emigrados; si no regresan en el término de un mes, ¡ay de ellos!... Sólo que la penalidad resulta mínima y ridícula; se recargan sus bienes con el triple.

La Asamblea se siente también acometida de un acceso de buena voluntad para los pobres: hace repartir pequeños asignados «para facilitar el pago de los obreros». Vota varios millones para hospitales; hace que comparezca la municipalidad de París y le ordena que distribuya